

estudiaba la expresión del semblante de los que le rodeaban cuando había hecho alguna travesura. Probablemente el que unos rostros le agradasen más que otros, á los seis meses, debíase á la expresión diferente más que á la forma de los rasgos. No bien tenía un año, entendía el tono y gesto, y aun varias palabras y frases breves. El nombre de su ama le aprendió cinco meses antes de inventar su favorita voz *mum*, con que la nombraba al cabo de un año. Desde que le pronunció, en vez de llorar cuando quería el pecho, no hacía más que repetirle como significando su necesidad. No sé qué motivo le indujo á emplear esa palabra.¹ Con este candor va contando el padre las gracias de su hijuelo, pretendiendo probar cómo los niños dan á conocer sus necesidades por gritos instintivos, por la expresión de la fisonomía, por palabras vagas que inventan, en fin, por otras más claras que son dejes de las que oyen, y «estas últimas, añade, las aprenden con maravillosa presteza».

Pero no advierte el naturalista que de su perro ó de su papagayo no contaría tan halagüeños triunfos, por más que certifique al terminar su artículo que los animales se habitúan fácilmente á comprender ciertas palabras. También omite, en la menuda relación que de las hazañas del infante hace, las industrias que él ó el ama empleaban en su crianza y educación, haciéndose criatura, adelgazando y enflautando la voz, gorjeando para mejor remedar y encaminar al pequeño á la perfección del hombre. Y cuántas veces debieron de ver á este oráculo de la ciencia moderna hacer visajes, enflaquecer el aliento, fingir miedos, mentir llores, andar á gatas, correr á los caballitos, hecho niño con su niño para hacerle hombre como él! Por qué estas esce-

¹ *Revue scientifique*, 1877, p. 25.

nas de familia se las dejaba en el tintero el bueno de Darwin, sino porque barruntó que podíamos, si las contaba, echarle en cara su proceder tan distante del de los brutos, que abandonan sus hijuelos apenas nacidos porque nacen enseñados, ni hay que esperar aprendan palabra de quien ni una sola por maravilla oírán? Pero, ¿cómo no vió Darwin que aquellas acciones disimuladas, y que en los gozquejos de su casa hubieran pasado por inadvertidas, eran rayos de vivísima luz, y clarísimo espejo, y poderoso estímulo á la precocidad de su pequeño? Si no reparaba entonces en la diferencia del niño y del animal, cégábase la pasión científica ó el amor á los precipicios. Mas salgamos de esta niebla, y concluyamos (perdónese la digresión) el hilo del empezado discurso.

No es la vocalización ó la articulación de las vocales la que constituye la gracia del lenguaje, sino la manifestación de los conceptos. Los animales, cuando más, aciertan en el traje aparente, no saben dar con el cuerpo; gastan y estropean vocablos, no usan de la palabra; porque carecen del poderío de atar á una serie de voces un pensamiento; gloria reservada al niño, al hombre, al príncipe de los animales. El meollo y la substancia del lenguaje está en el interior del alma; la palabra mental, aquel *verbum mentis* que decíamos con los Escolásticos, es el ser formal de la palabra externa: donde el alma enmudece, donde no vibra la palabra interna, ¿cómo ha de ser posible su reflejo y expresión? Por eso el mono más habilidoso, el gorila de cerebro más desarrollado, nunca gastó una palabra, ni movió los labios, ni fué poderoso á hacer un visaje con ánimo de significar alguna idea ó deseo; al revés, el hombre más rudo, privado de oído y lengua, demuestra claramente sus sentimientos, y se co-

rresponde con los circunstantes sin mucha dificultad. No se canse, pues, el materialista Broca en perorar, mostrándonos cómo la facultad del habla reside en esta ó aquella circunvolución cerebral de los brutos; no nos predique Vogt que la posibilidad de combinar sonidos y letras depende de tal parte del encéfalo; no nos aturdan los oídos con la novedad de sus descubrimientos: en balde suenan el clarín clamoroso, si, ufanos por haber averiguado el mecanismo de la articulación, no aciertan á dar en la veta del mecanismo del pensamiento.

ARTICULO V.

La controversia si el hombre inventó el lenguaje, en el orden de lo posible, admite contrarias sentencias. —En el orden de los hechos, el hombre le recibió de Dios inmediatamente. — Las palabras de la serpiente en el Edén no deshacen lo asentado. — Que el hombre perfeccionó el lenguaje recibido de Dios, fué ya opinión del Tostado. — Civilización del hombre primitivo. — Cuál fué el idioma que el primer hombre habló.

LA contienda del origen del lenguaje, sobre si fué dueño el hombre de inventarle, ó si debió recibirle ya formado como merced del sumo Hacedor, es sobremanera ardua y enojosa. Cuanto á la posibilidad absoluta, aunque algunos autores creyeron que no estuvo en la mano del hombre hallar su traza, otros son de parecer que era capaz la humana inventiva de señalar á ciertos sonidos un determinado concepto y atar á un grupo de sílabas la idea de cosas sensibles. Que el hombre tenga idioma natural es vana pretensión afirmarlo; interjecciones, sonidos vocales, gestos, ademanes, suspiros, gemidos, son los signos exteriores de que se valen los hombres espontáneamente para expresar los afectos del ánimo. Mas no es esa la presente cuestión; ésta tiene más dificultad de lo que á primer aspecto parece.

El P. Lorenzo Hervás se inclina á creer que no es dable al hombre inventar un idioma. «Cotejo, dice, y llamo á examen casi todas las lenguas que se conocen en el mundo; y de este modo hago inútiles centenares de libros que sobre dichas dudas se han escrito; y observando la diversidad substancial de los idiomas en las palabras y en la sintaxis, establezco que el hombre es incapaz de formar por sí mismo un idioma, que fué infuso el primero que hablaron los hombres, y que la diversidad de los idiomas en palabras y sintaxis no puede ser efecto de otra causa que de la admirable confusión de lenguas que refiere Moisés, y se contiene algo enmascarada en la mitología, tradición é historia de las naciones paganas.» Ninguno habrá que ose negar el peso de esta ilustre autoridad. El mismo pensamiento siguió Balmes. «Si para el desarrollo, dice, de las facultades intelectuales y morales es necesaria la palabra, los hombres sin lenguaje no pudieron concebir y ejecutar uno de los inventos más admirables; y en este sentido dijo con verdad y agudeza un autor nada sospechoso á los incrédulos: me parece que ha sido necesaria la palabra para inventar la palabra.» En otra parte dice: «La palabra no produce ni puede producir la idea; esto es cierto: la razón de las ideas no está en el lenguaje; la razón del lenguaje está en las ideas. La palabra es un signo, y no se significa lo que no se concibe. Pero este signo, este instrumento es de un uso maravilloso; las palabras son al entendimiento lo que las ruedas á la potencia de una máquina. La potencia le da el movimiento; pero la máquina no andaría sin ruedas. Faltando la palabra, la inteligencia podría tener algún movimiento; pero muy lento, muy imperfecto, muy pesa-

¹ *Historia de la vida del hombre*, l. II, cap. VII.

² *Curso de filos. elem. Metafis.*, c. XVII.

do. La Biblia nos presenta al hombre hablando luego de criado; el lenguaje le fué, pues, enseñado por Dios. Este es otro hecho admirable que la razón confirma plenamente. El hombre no pudo inventar el lenguaje. Esta invención excede á cuantas se pueden imaginar; y se quiere atribuirla á hombres tan estúpidos, que carecen de lenguaje? Menos extraño sería que un hotentote inventara el cálculo infinitesimal! » Así piensa este gran filósofo, algo extremado en calificar la razón humana.

Poniendo la consideración en lo que le pasa al niño antes de saber lo que habla, vemos que, callando la boca, sus ojos dan voces y significan, su rostro descubre lo que siente, con clamores y gritos pregona las impresiones de alegría ó dolor, en sus ademanes reluce la disposición interior, aun sin entender la criatura qué valor tengan aquellos signos por ella empleados con tanta frecuencia. Por otra parte, al revés de los animales más perfectos, carece de habilidades instintivas para mirar por su vida, si la educación no se las enseña. El único instinto que muestra al nacer es el tomar y desjugar el pecho de la madre. Al compás de la impresión que en sus sentidos hacen las cosas exteriores, va menudamente cobrando ideas sensitivas; á ese paso procura insinuarlas con gestos antes de mostrarlas con palabras. Porque es imposible que no poseyendo la idea, aplique la conveniente dicción: aplicación, que llega mucho tiempo después de haber balbucido la palabra con repetidos esfuerzos sin entenderla; en la cual aplicación y en la correspondencia que el niño entabla entre el concepto adquirido y la dicción que le enseñaron, consiste propiamente el habla. Muchos ensayos preceden, ejercicios de mímica, remedos infan-

tiles, gesticulaciones, indicaciones de objetos: en esta porfiada gimnasia, ya que los actos del infante parecen automáticos y espontáneos, difieren sumamente de los que aprenden los brutos en la finura de la articulación, en la modulación de la voz, en el tono expresivo que á cada vocablo atribuye. Aquel lenguaje natural que es tan peculiar en los niños y que tanto embaraça á los domésticos hasta que han aprendido á interpretarle, no es otra cosa sino fruto de las sensaciones que experimenta, primer destello de la inteligencia que principia á rayar, demostración de la facultad de hablar que posee, y brota por mil partes señales de capacidad. ¿Qué prueba todo esto sino que si la facultad de hablar es en el hombre innata, ha menester maestro que la despierte y enderece?

Sea de ello lo que fuere, esta es cuestión libre, y «el resolverla afirmativamente, dice el filósofo José Prisco, no va tan fuera de camino ni de religión como muchos se creen! ».

Mas bajando de la esfera de lo posible al territorio de los hechos, podemos confiadamente asegurar que el hombre recibió del Soberano Criador la prerrogativa del habla. En el describir Moisés los primeros padres tratando entre sí, y conversando con Dios, y la mujer dando y tomando con el enemigo común, muestra que, ó recibió Adán en hecho de verdad del mismo Dios todas las voces compuestas y aderezadas, ó ingenio especial para componerlas y ordenarlas. Que si el primer hombre fué enriquecido de conocimientos, naturales y sobrenaturales, como más adelante probamos, porque era tan conveniente á una criatura racional que salía perfecta de las manos de su Criador, con no menos justicia podemos filosofar del habla, que era tan necesaria al humano co-

¹ Elem. de Filos. espec., 1866, t. 1, p. 403.

² D. THOMAS: 1.º p., q. xciv, a. 3.

mercio. No hay que reparar mucho en lo que san Gregorio Niseno dice por estas palabras: «Siendo la mente ajena de materia corpórea, había de gozar de sus excelentes facultades; por manera, que muy poco provechosas le fueran si careciera de artificio con que manifestar por defuera sus ocultos sentimientos. Y así érale forzoso poseer estructura de órganos tal, que el entendimiento se sirviera de ellos para formar sonidos, como de instrumento músico, y hacer patentes sus espirituales afectos! » Otras cosas va exponiendo este eruditísimo Santo sobre los órganos de la lengua y de la voz articulada que arriba tocamos; de cuyo testimonio solamente se puede colegir que Adán no podía sin auxilio de aparato vocal dar sonido á las palabras; y que habiéndoselo concedido el Señor, le fué fácil expresar por signos y declarar en términos humanos lo que por su alma pasaba; pero no niega el Niseno la imposibilidad absoluta de la invención del lenguaje, como ni tampoco afirma que tuviese Adán necesidad de recibir de Dios vocablos fraguados ya y del todo significantes: lo más que podría de sus palabras sacarse es que proveyó la divina bondad al hombre de medios convenientes para ejercitar el habla, significando las cosas, dando cuenta de sí y platicando con sus semejantes.

Cuán acertada les parezca, aun á los sabios independientes, la solución que del Génesis resulta, lo significó, entre otros, Bartolomé Saint-Hilaire ³ por estas palabras muy dignas de consideración: «La relación, dice, entre la idea y la palabra, se explica con claridad en un corto número de onomatopeyas: las más veces es inexplicable y debe admitirse como un hecho, sin que sea dado calar su misterio.

¹ De off. hominis, cap. ix.

² Cap. xli, art. 1.

³ Journal des Savants, 1862, p. 610.

riosa correspondencia. El respecto de las palabras con los conceptos ó con la realidad de las cosas no existe en sí, sino que varía al par de los pueblos sin ellos caer en la cuenta. Hay aquí tinieblas que la razón no puede disipar, y que pueden mirarse como divinas: la única aserción que entre tanta obscuridad es permitido asentar es que los primeros hombres que dieron nombres á las cosas, debieron de ser muy pocos en número y ejercieron una legislación exclusiva; porque si no queremos arrojarnos en el sistema insostenible de las convenciones, hemos de admitir que los primeros inventores del lenguaje, los padres de la lengua primitiva, transmitieron á sus descendientes su invención sin dejarles licencia para escudriñarla y discutirla. Más aún: osaré aseverar que la invención del habla se explica mucho mejor si suponemos una sola pareja, que si suponemos muchos individuos, entre los cuales fuera inevitable la confusión y diversidad de pareceres. Por lo cual, la solución del Génesis, pareceme mucho más razonable... La unidad del hombre inventor de la palabra no es menos necesaria que su modestia y perfección original.»

En el capítulo III del Génesis leemos que la serpiente trataba rostro á rostro con Eva, pasando con ella pláticas, y replicando á sus respuestas con grande elocuencia. Este suceso es reputado mito por la escuela racionalista, Cayetano le juzgó por alegórico, Jahn le dió á sueno de la primera mujer, otros le han bautizado parecidamente, como refiere Gabler en sus *Prolegómenos*; poco tiene que ver con la tesis que aquí tratamos el lenguaje de la serpiente. Porque aunque san Cirilo ¹, y alguno otro escritor, imagínase que no fué de veras serpiente, sino aérea ó fantástica, el co-

¹ L. III, Contra Julian.

¹ Filos. fundam., l. x, cap. xvii.

món de los Doctores y teólogos enseñaba que fué verdadero reptil. Pruébalo con aparato de razones el doctísimo Patrizi¹, concluyendo dos cosas: la primera, que la serpiente del Génesis no fué fingida, sino real; la segunda, que el espíritu diabólico habló por su boca, y le meneó y adiestró la lengua, quedando así cerrada la puerta, no tanto á los que tienen por fábula el diálogo entre la serpiente y la mujer, cuanto á los que hacen alarde de pregonar que los animales parlan y razonan. Ya se le había ocurrido á Josefo² insinuar que era natural el habla á la serpiente antigua, no menos que la facultad de entender; y parece que san Basilio, en su homilía sobre el Paraíso, fué de opinión que todos los animales antes del pecado eran mansos, y con la conversación entretenían lo más del día; ni á Platón se le hizo recio de creer que en el reinado de Saturno los hombres tenían razones y agradable deporte con los brutos, inquiriendo y escudriñando sus cosas para acrecentar la filosofía³. Mas estas son conjeturas que se han quedado por singulares en el prontuario de las cavilaciones humanas.

Pero una verdad luce en la lobre-guez de estas opiniones, y es que á ningún autor antiguo se le asentó que la facultad de hablar anduviese divorciada de la facultad de pensar: juzgáronlas ambas tan estrechamente unidas, que aun á aquellos brutos en quienes no parece vislumbre alguna de entendimiento, creyeron deber concedérsele para que debidamente gobernasen la lengua; pues, como dice el P. Pereira: «Algunos animales que, enseñados por el hombre, fingen voces semejantes á las humanas, ni lo hacen naturalmente, ni con la inteligencia

de las cosas que dicen⁴», y notó Aristóteles con discreta oportunidad.

Lo que de este discurso se convence con evidencia es que el hombre fué criado con habla, y dotado por el Criador de órgano á propósito y de discurso de razón para emplear luego su facultad. En esto van acordes los santos Padres y Doctores más afamados de todos los siglos. Quedaba para la desgracia del nuestro oír cosas tales como éstas: «Podemos pensar que el linaje humano existió por largo tiempo sin habla, y aun podríamos conjeturar que la tierra estaba harta poblada, cuando la palabra se inventó en una familia ó en una tribu, comunicándose de esta suerte á las demás⁵». «Linda cosa hubiera sido, exclama Víctor de Bonald, ver la tierra habitada por una caterva de mudos! ¿Qué concepto habríamos entonces formado de la inteligencia y sabiduría de Dios? Es gran lástima que no haya llegado hasta nosotros la fama del inventor. Pero Moisés nos ahorra el trabajo de buscarle⁶».

«El lenguaje y la sociedad, ha dicho Donoso Cortés, no son asunto de invención ni de revelación, sino de creación; siendo atributos esenciales de la naturaleza del hombre, fueron creados cuando su naturaleza fué creada. Ni cabe siquiera imaginar que el hombre saliera de las manos de Dios sin estar adornado de todos sus atributos esenciales... En el instante mismo en que el hombre sale de la nada, le vemos escuchando y entendiendo la plática divina, lo cual supone en él el don de la palabra⁷».

Igualmente explícito es el conde de Stolberg. «Utopistas se han visto, dice, que soñaron un estado de pobreza men-

¹ Comment. in Genes., l. vi.

² De animal. Hist., l. iv, cap. ix.

³ Dictionnaire Encyclop., art. Langage.

⁴ Moisés y las géol. mol., cap. xi.

⁵ Obras, t. iii, Bosquejos históricos-filosóficos, 7.^o

tal vecino del idiotismo. El Criador, según ellos, abandonó al hombre á merced de su industria, así como el avestruz abandona sus huevos en la arena del desierto, dejando á los rayos del sol africano el cuidado de calentarlos. Privados de habla los primeros hombres con que conversar entre sí y mostrar su voluntad á los animales, sólo poseían de Dios la facultad de inventar lo preciso para significar sus impresiones. Estos filósofos no determinan qué tiempo tardaron los hombres en salir de tan mísera condición. Á mí no me cabe duda de que si el primer hombre hubiera sido criado sin el divino don de la palabra, nosotros sus descendientes viviríamos aún en perpetua mudéz⁸.

Con esto queda desbaratado el *mutum et turpe pecus*, el hombre *alalus* de los modernos epicúreos, que tanto exageran el estado bestial de la humanidad. También se satisfice á la teoría del sensista Condillac, que juzgaba la palabra por condición necesaria del pensamiento. «Ni palabra sin pensamiento, ni pensamiento sin palabra; hablar es pensar, y de ambos uno es el origen.» Así formulaba su doctrina, y por toda razón decía que el hombre empezó por ser mudo, la sensación crió en él pensamientos, los pensamientos brotaron palabras. «La palabra, escribe el preclaro Humboldt, va conjunta al hombre. El habla no pudo ser inventada sin un tipo preexistente del entendimiento humano... Estoy grandemente convencido que es en verdad divino el vigor que en las facultades humanas se encierra⁹».

Pero no coartemos las opiniones más de lo justo. Respondimos que el hombre no inventó el lenguaje; se lo otorgamos de gana á los tradicionalistas; pero no les damos que fuese del todo incapaz de mejorarle. Bastábale la

razón asistida de órgano conveniente. El tiempo, la humana destreza, la necesidad de aquellos primeros hombres, el caudal de sus luces, lo florido de sus ingenios pudieron superar los obstáculos que á tamaña empresa se habían de oponer. Adán, enriquecido con esta joya del cielo, tuvo hartos que hacer para llevarla á perfección. Porque no fué la boca de Adán, aprendida esta preciosa traza, un vocabulario perenne, ni una enciclopedia viva, ni en la lengua que hablaba concurrían tantos primores, que no cupiesen más rayos de perfección; antes al contrario, como lo significan estas palabras del apologistas Tripard, «cuando derivamos el lenguaje de la fuente de la revelación primitiva, no es nuestro intento declarar que brotó de aquel caudal una lengua científica y perfecta, como la Minerva de la fábula salió perfecta de la cabeza de Júpiter; solamente decimos que los elementos esenciales del lenguaje procedieron de la palabra oída de la boca de Dios, la cual era de suyo una revelación¹⁰».

Por esta causa no podemos asentir á ninguna de las extremas opiniones, que tienen por cabezas á Bonald y á Renan. Bonald, como dicho va, juzgó la forma del lenguaje por obra divina, porque creyó al hombre insuficiente para inventar sin pensar, é incapaz de pensar si no era hablando; y haciendo aplicación de este su principio, enseñó que Dios crió al hombre mudo y sin pensamientos, y dotóle de facultades en germen y sin virtud para brotar de por sí actos espontáneos y libres; y que, en sonando la voz de Dios en sus oídos, Adán habló, y hablando despertaron del letargo sus potencias, y rompieron en pensamientos y voliciones. Pero en esto torpemente erraba, y haciendo cuenta de combatir á los

¹ De Interp. Script. sac., l. ii, cap. ii.

² Antiquitat., l. i, cap. i.

³ Eusebio: Præp. Evangel., l. xii, cap. ix.

⁸ Hist. de la Relig., t. i, 1817, p. 11.

⁹ Origine des formes grammaticales.

¹⁰ Métrie, t. i, p. 208.

senistas, cayó en el abismo de rebajar y marchitar la virtud de las humanas facultades.

Por el contrario, Renan, echando á burlas la verdad del Génesis, enseñó ser el lenguaje fruto espontáneo y necesario de las potencias, ni más ni menos que la visión respecto del ojo: «Tras de diez años de estudios, insisto en juzgar el lenguaje formado de un golpe... Aunque poco á poco fue llegando á la plena evolución de su poderío, había sido enteramente constituido en el primer día; así como en el capullo se esconde la flor encerrada toda entera con sus partes esenciales, por más que las partes estén ajenas de haber alcanzado perfecto crecimiento.» No solamente Renan dió muchos pasos desatentados en el sacar las consecuencias de esta doctrina, y en el tratar de la confusión de lenguas en la torre de Babel, en cuya empresa encontró por fortuna con el erudito Schæbel, que le arguyese de sofista y le volviera en su acuerdo¹; pero aun en la raíz y fundamento que aquí propone, asienta muy mal el pie. Porque al declarar el origen del lenguaje, totalmente destierra la reflexión, el discurso y la voluntad, y deja al hombre en manos del ciego instinto; con que, en vez de resolver el problema, le suprime y barre del todo. Con razón el erudito Lenormant, notando á Renan, dice: «Mucho dudo que el sabio autor del *Origen del lenguaje* quisiera hoy día sustentarlo su manera de sentir.»

Maine de Biran, mirando con enfiado la divina institución del lenguaje, prefirió colocar su origen en el ejercicio libre de las facultades humanas, y filosofando sustentaba su opinión. Los lingüistas modernos, abriendo otra senda, vinieron á parar al mismo término, pretendiendo por el estudio de las

¹ *Origine du langage*, 1859, p. 16.

² *La Philologie comparée*, 1867.

³ *Hist. ancienne de l'Orient*, 1881, t. 1, p. 321.

lenguas buscar el rastro del lenguaje primitivo. En esta empresa trabajaron Burnouf, Grimm, Schlegel, Humboldt, Max Müller, Whitney, Pott, Schleicher y Steinthal, aunque tiró cada cual por su lado y por contraria dirección. Concedemos muy de grado que no es necesario en nuestros tiempos sostener que el lenguaje del todo hecho fuese sobrenaturalmente revelado por Dios á los primeros hombres: ni la religión lo exige, ni la ciencia lo demanda. Dios, criando al hombre, concedióle el don de hablar, como el de pensar, y adornóle de esta facultad para que con el ejercicio la perfeccionase y emplease en provecho suyo. De muy buena gana les permitiremos á los filósofos esta posición; pero ninguna razón sufre que excluyamos del todo la mano de Dios en la institución del lenguaje, porque ningún fundamento tienen los filósofos para excluirla.

«El hombre primitivo, dice Lenormant resumiendo los recientes estudios, formó el lenguaje sin esfuerzo, sin tener conciencia cierta de las operaciones reflexivas que á ello le movían; espontánea é instintivamente como todos los instintos que al paso que crece el discurso de la razón, á ese paso ellos decrecen, así también la facultad del lenguaje fué agotando y menoscabando su fuerza creadora.» La íntima unión del alma con el cuerpo dió lugar á que los sentimientos interiores saliesen á pública luz con expresiones sensibles, con interjecciones animadas, con vivas onomatopeyas, con voces apelativas. Monosílabos fueron, según Maury, las primeras palabras que el hombre articuló, y esas las primeras raíces de aquel fundamental idioma, cuyo vocabulario era po-brísimo y sólo contenía vocablos concretos. «Las palabras monosilábicas, según Grimm, constaban de vocales breves y de consonantes sencillas, y

¹ *Ibid.*, p. 322.

apretábanse en el discurso como las brizas de yerba en el césped.» Por igual tenor va discurriendo Lenormant, cual si se hubiera hallado presente y hubiera conversado con aquella florida juventud: de aquí pasa á referir la historia y vicisitudes que tuvo la primitiva lengua, y cómo se perdió y desapareció, y cómo vinieron á nacer los idiomas sucesivos hasta los que en nuestros días se usan.

Mas, ¿se contiene en esta fábula algún sólido argumento? Ninguno, sino que hubo de ser así, como que es imposible remontarnos á la lengua primitiva, y que esa imposibilidad es un artículo fundamental, que no debe ponerse en duda. ¿Cómo, pues, tan sin fundamento y sin socorro de pruebas quieren precisarnos á admitir, en nombre de la ciencia, la institución del lenguaje, sin dar su parte á la divina bondad? Bástanos la palabra revelada para establecer contra los filósofos que Dios sugirió en hecho de verdad al primer hombre un idioma suficiente, y que él después, favorecido de su discurso y esforzado por la necesidad, le llevó á debida perfección. Pero los modernos, que han jurado, al parecer, hacer al hombre salvaje en su origen, no cejan en llevar las cosas por sus premeditados trámites. Hemos tratado este punto en el capítulo xxxix, y desvanecido este propósito; y así, no dudamos en afirmar ser más conforme á las divinas Escrituras, á la tradición de los pueblos y al sentir de graves autores, la sentencia que en el origen del lenguaje atribuye á Dios la parte de institución y al hombre la perfección y desenvolvimiento. Y este que al historiador Darras pareció destello de las luces modernas, no fué sino dictamen sig-

nificante propuesto por el ingenio de nuestro Tostado.

Porque en la cuestión 312 sobre el capítulo xiii del Génesis trata este sapientísimo comentador, y con larga copia de razones prueba que el idioma hablado por Adán fué perfecto en su tanto, diciendo entre otras cosas: «El primer idioma fué dado por Dios; Dios instituyó las primeras voces, tanto comunes como propias, haciéndolas aptas para significar; porque no había quien pudiese hacerlo sino él. Y así recibió el hombre de Dios conocimiento de casi todo el idioma... no que Dios le enseñase y amaestrara, pero dióle súbitamente un conocimiento habitual de los vocablos, por manera que luego al punto supiese hablar tan fácil y expresivamente como si por muchos años hubiese manejado la lengua.» La razón principal que el Abulense señala de la facilidad del lenguaje adamítico es la jurisdicción que tenía el hombre sobre las cosas criadas, porque convenía que quien podía usar á su voluntad de todas las criaturas, las apellidase también á su voluntad y les impusiese el nombre que más al propio les cuadraba y competía.

Podemos confirmar esta opinión con la tesis defendida por el cardenal Zeferino González, en su Discurso leído en la sesión tercera del Congreso Católico Nacional de 1889. Sostuvo el Emmo. que la vida de los primeros hombres ni fué del todo brutal ni enteramente civilizada. «Todo induce á creer, dice, que el estado primitivo de la humanidad ni fué de civilización perfecta ni de completo salvajismo, sino el intermedio de una civilización relativa, cuyo desarrollo, más ó menos lento, más ó menos complicado por la mezcla, choque y contacto con otras razas ó familias (?), dió origen á las civilizaciones antiquísimas que aparecieron en el Oriente y en el Egipto, precedidas de otras anteriores, cu-

¹ *Grammaire allemande*.

² LENORMANT: *Hist. ancienne de l'Orient*, 1881.

t. 1, p. 331.

³ *Hist. de l'Eglise*, t. 1, chap. III.

—yos vestigios nos revelan hoy monumentos históricos y arqueológicos de todo género y con especialidad la escritura cuneiforme.¹

La ciencia carece de argumentos con que contrarrestar la referida opinión; las tierras que tiene exploradas hasta la hora presente no ofrecen razones contra ella; porque si los paleontólogos han abierto zanjas en puntos de Europa y hallado algún barrunto de prístina barbarie, otros, por el contrario, han descubierto en el corazón del Asia, cuna de la humanidad, resplandores de civilización antiquísima que los han destumbrado y sacado de sí. La Biblia, por su parte, ofrécenos en sus primeras páginas pastores como Abel, labriegos como Caín, tañedores como Tubal, herreros como Tubalcaín; ejercicios, que ya que no sean señales de cultura perfecta, no dicen bien con la estupidez de la gente bozal y salvaje.

Siendo esta la solución que la ciencia y la Biblia presentan como más probable, infiérese fácilmente que una civilización imperfecta presupone un idioma ni tan rico, ni tan bello como el usado por naciones civilizadas, dado que perfecto respectivamente cuanto convenia á las necesidades de la vida y al ministerio que aquellas primeras familias debían desempeñar. Porque así como Adán y Eva estuvieron dotados de perfección de alma y cuerpo, necesaria para engendrar, educar y regir debidamente á sus hijos, perfección que requería suficiencia de conocimientos en lo natural, moral y religioso; así también para llevar á efecto la obligación de educar y de transmitir á sus descendientes el depósito de cosas reveladas, bastábales un lenguaje elemental, suficiente para expresar sus conceptos; si bien cuando el pecado los hubo reducido á mendiguez, afligiéndolos con lastimosas menguas,

¹ Crónica del primer Congreso nacional español, t. 1, p. 281.—La Biblia y la ciencia, t. II, p. 427.

iríase enriqueciendo de nuevas voces y empobreciendo también la lengua según el grado de cultura que cada pueblo alcanzaba, á la manera que viene de abundancia á pobreza el idioma de una nación cuando se deshace su prosperidad y pára la fortuna su rueda.

Cuál fuese el primer idioma que hablaban los hombres, no hay manera de averiguarlo. San Jerónimo¹, san Agustín², san Crisóstomo³, y en su seguimiento los intérpretes Salmerón⁴, Cayetano⁵, Pereira⁶, juzgaron que la lengua hebrea era la única que sonaba en el mundo antes de la torre de Babel; y así la apellidaron matriz de todas las lenguas. Teodoro tributó esa gloria á la siríaca⁷. Otros estuvieron por la caldaica. De los modernos, pocos son los que se arriman á partido: casi todos se mantienen neutrales⁸. Danko es de los pocos que han roto la neutralidad, declarándose por el dictamen de los antiguos⁹. El principal, y digamos único, argumento que tiene en su favor es la indole de los nombres propios del Antiguo Testamento, que presuponen etimología hebrea. Cuán débil sea la fuerza de esta razón, y cuánto camino abre al árabe, siríaco, caldeo y á toda lengua semítica para pretender la honra de originales, fácil es demostrarlo. Los nombres apelativos podía muy bien Moisés trasladarlos al hebreo, ó tomarlos del pueblo en cuya boca corrían, vestidos del traje nacional y tenidos ya por propios¹⁰.

¹ Ep. XVIII, ad Damas.—In Sophon., II.

² De Creat. Dei, lib. XVI, cap. XI.—L. XVIII, cap. XXXIX.

³ Hom. XXX, In Genes.

⁴ Proleg., XV.

⁵ In Genes., II, I.

⁶ In Genes., XXI, disp. VII.

⁷ In Genes., quest. LX.

⁸ JANSSENS: Hermet. Sacra, cap. IV, sect. I.

⁹ Hist. div. revel.

¹⁰ CORNELIUS: Introd. Gener. In V. Test., 1885, p. 236.

Los modernos filólogos, que todo lo quieren medir con la vara del progreso, y que no pueden consentir que saliese de las manos de Dios cosa ninguna perfecta, beben los vientos por demostrar que, debiendo ser muy elemental la primera lengua y cepa de las lenguas humanas, es de todo punto imposible tener de ella noticia, y trabajo excusado inquirirla. No hay que negarles á los modernos que buscar la lengua original sea andar á caza de imposibles; pero tampoco les concedemos que pueda esa imposibilidad evidenciarse *a priori* y por causa del progreso humano, sino solamente por faltar razones, en el estado actual de cosas, que permitan dar con el rastro de esta divina institución. La primera lengua se perdió, clamaba ya san Gregorio Niseno¹, y Teodoro vino á de-

¹ Oratio XII contra Eusebium.

cir lo mismo², juzgando cosa tan excusada dar la palma al hebreo como buscar entre los demás idiomas la primacía. Lo que estos escritores aseveraban se lo arrojan á sí los modernos, acompañando su aserto con la vanidad de su invención y con la flaqueza de los argumentos que adelante se dirá.

Con lo hasta aquí declarado queda por cierto que, si no hiciera el hombre otra ventaja al bruto más que la de hablar y dar parte de sus penas y gozos, atando al sonido de voces los conceptos de su interior, sería ésta sobradísima razón para diferenciarle de la turba animal, y para constituirle en el reino humano, apartado de los demás reinos y excelentísimo de por sí.

² Quæst. LXI, In Genes.





CAPÍTULO XLII.

EL HOMBRE TERCIARIO.

ARTÍCULO I.

Disputas recientes acerca del hombre terciario.—Los sílices de Thenay no bastan á convencer el intento, ora se consideren de por sí, ora respecto de los cañalismos prehistóricos.—En mal hora acuden al antropopiteco.—Los pedernales de Thenay, ó nada prueban, ó prueban demasiado.

GRANDE ha sido el ahinco de algunos geólogos modernos por demostrar que el hombre vivió en el tiempo mioceno juntamente con los grandes paquidermos, que la paleontología nos enseña soterrados en estado fósil, y variaron también los argumentos que se han ofrecido á la disputa de los peritos. En veinte años hanse trasteado más de veinte veces terrenos terciarios en diversos parajes de Europa, y dos apenas son los casos que han merecido alguna estima, pues los demás hablan sólo de osamentas fracturadas ó rayadas, y de pedernales hendidos ó quebrados. Pasados por el tamiz de la censura estos argumentos, «resulta, dice M. Alejandro Bertrand, que con las circunstancias geológicas de la época terciaria se compadecía bien la vida de los hombres, y que era posible sin disputa; pero no queda hasta el presente probada su definitiva existencia¹. Al

¹ Discours d'ouvert., 1883.

contrario, Francisco Lenormant parece admitiría en la mitad de los tiempos miocenos. «Es cierto, dice, que en comarcas de la Francia central han sido hallados pedernales rotos por la acción del fuego en estratos miocenos; en ellos, ¿quién no reconoce señales de trabajo intencionado y emprendido con el fin de hacer de las piedras armas y utensilios¹?» Vivisimas discusiones han despertado entre los doctos estas tan encarecidas señales de humana industria, negando unos todo rastro de obra voluntaria, disputando otros que los terrenos fuesen terciarios, arguyendo otros que no eran las cosas peculiares de aquella edad, prevaleciendo generalmente la opinión de que los efectos, representados en los sedimentos de que se trata, podían haberse causado por sola acción solar y por influencia atmosférica.

Larga y ruidosa fué la disputa que tejió el abate Bourgeois sobre el terreno falúnico de Thenay en Francia. La primera vez que trajo á luz ante la Sociedad geológica, 1863, las diligencias practicadas en un terreno del todo no bien definido, donde había hallado unos pedernales partidos que creyó ser obra de arte humano, al ver con cuánta vehemencia contraminaban sus designios aquellos geólogos, y desha-

¹ Hist. ancien. de l'Orient., p. 121.

cian su pretensión, concibió el pensamiento de consagrarse á nuevas excavaciones, hasta que al cabo descubriese, como de hecho descubrió en Thenay, muchos sílices sepultados en escondrijos coincidentemente terciarios. «En estas láminas, dice, los cortes, retoques, bultos de percusión, indicios de fuego, formas usuales y comunes entre nosotros, son argumentos claros de que estos objetos servían para aguderear, cortar, herir, ó partir.» Á tal extremo llegó la credulidad de este escritor, que ideó la traza de referir la forma de estos pedruscos á un precursor del hombre mosáico, á un hombre preadamita. «Me limito, dice con con todo, á exponer cómo he hallado pedernales, evidentemente labrados por manos de hombre, en un terreno llamado terciario por los geólogos; y no pretendo otra cosa más.» Folletos y revistas, libros y periódicos entraron en campo y pusieron á luchar con increíble ardor, unos defendiendo el pro, otros el contra; hasta que, presentado el debate á la autoridad de un Congreso prehistórico, en Bruselas en 1872, cometido el fallo de la causa á la discreción de quince peritos, cinco de ellos negaron todo asomo de humano trabajo, y los que algo concedieron, rodearon su sentencia de tantas condiciones y peros, que bien dieron á entender cuán poca fe tenían todos en el hombre terciario¹.

Primeramente, no han puesto duda los geólogos en que las capas de Thenay sean propiedad de tiempos miocenos, como lo dice claramente á los ojos su estratificación mineral y su fauna gigantesca; pero autores no han faltado de la nombradía de Hamard y D'Homalius que han discurredo, que dos terrenos apartados por considerables dis-

¹ Les Mondes, 1878; Revue des quest. scientif., 1879; L'homme tertaire.

tancias pueden tener semejanza y pertenecer á edades muy diferentes, y que, por tanto, dado que sean estos de Thenay de remotísima fecha, no es hacedero determinar su tiempo con toda certidumbre y verdad. Gentil fortuna fuera, como notó el sabio Desnoyers¹, que solamente en Thenay se hubiese perpetuado la memoria del hombre terciario, cuando tantos son los depósitos miocenos que se han explorado en todo lo que el sol mira y rodea.

Lo segundo, los pedernales son, cierto, coetáneos de los sedimentos; ni es razonable la duda de los que no quieren sean terciarios. Mas lo vivo de la disputa está en que hagan la significación y figura que se les atribuye. El abate Bourgeois veía en ellos cuchillos, hachas, punzones, sierras, puntas de flechas, martillos, clavos, etc., y así conforme los tenía pintados en su imaginación los presentó al examen de los arqueólogos: ¿y qué hicieron? ¿Votaron por el hombre terciario? El ilustre Quatrefages declaró en el *Journal des Savants*, que si algunos jueces los habían juzgado efectos del humano ingenio, «por lo que á mi toca, dice, examinada con estudio su configuración, no puedo acabar conmigo de dar parecer; otros muchos naturalistas están perplejos como yo». Es bien verdad que Quatrefages tres años adelante inclinó á la afirmativa, y con él los más del Congreso de Bruselas; pero desde aquella sazón la Sociedad geológica miró con ceño y con recelo sus voltarias decisiones; porque, según decía, M. Chabas, arqueólogo de primera nota, «lo que hace al caso para la significación de los pedernales terciarios es, que sean instrumentos aptos para el servicio del hombre, y los presentados hasta hoy son pedazos de sílex irregulares y puntiagudos,

¹ Les Mondes, 1878, t. III, p. 130.